

DIALOGO

Cuadernos para el diálogo, n.º 1

Angel Lage, S. J.

ACABO de leer todo el primer número de *Cuadernos para el Diálogo*. Lo vi anunciado con anterioridad. La idea me agradó y aguardé al nacimiento. Conozco a Ruiz-Giménez y esperaba algo más que tópicos y letras y más letras. Lo sé: en otras revistas también se podrían decir las mismas ideas, pero una revista con estas características nos sienta como la brisa fresca y vespertina después de un día caluroso y de bochorno: una sensación de bienestar se difunde por nuestro tronco y extremidades; nuestra mente afloja su abombamiento y tirantez; las ideas se hacen lúcidas y tersas. Esta sensación he sentido al adentrarme en la lectura de *Cuadernos para el Diálogo*.

Hace unos pocos años vengo observando un fenómeno: España ya no piensa sólo con ideas, a veces, demasiado calenturientas. Introdujo el lenguaje de los números, la estadística, la comparación con los niveles de otros pueblos. Pensé: esto marcha. La revista actual —en términos deportivos— acentúa y encaja otro gol decisivo en nuestro quehacer nacional e internacional. Los españoles convertimos fácilmente en fuertes convicciones lo que no debería pasar de mera opinión. Esto nos salvó en momentos supremos cuando se jugaba lo substancial, pero nos pierde

cuando se trata de problemas de forma o accidentales. Los momentos supremos, como los dogmas en la Iglesia, son pocos. Las formas y accidentes, de todos los momentos. Necesitamos entrar en un diálogo sereno. España parece entrar, desea entrar, se vislumbra que entra en ese diálogo. No deseo herir a nadie. Sé que hay peligros. Sé que algunos tratarán de aminorarlos. Otros los exagerarán.

Todos nos debemos a un examen leal e inquisitorio de nuestra formación y móviles. Todos debemos hacer un acto de fe en el diálogo, acercarnos al diálogo, con serenidad y visión. A nadie se le pide que renuncie a lo que juzga substancial y básico. Sí pedimos respeto a la persona, a su intención buena y recta mientras no se pruebe *objetivamente* su perversidad e intención mala —esto no es lo mismo que *prejuizar, dar por probado*.

Necesitamos dar un voto de confianza a la España dialogante consigo misma y con el mundo como lo hacen ejemplarmente la Iglesia en el Concilio Vaticano II. Dialogar en un campo verde, tibio y sombreado mientras

oímos murmurar al agua fresca y transparente. *Cuadernos para el Diálogo* puede ser una buena experiencia para tomarnos el pulso. Esa tribuna está abierta a todos los que tengan algo que decirnos con honestidad, con respeto, con amor al bien común. Recordamos lo desagradable que resultaron las polémicas alrededor del año 1950 sobre títulos *España como problema, España sin problema, Excluyentes y Comprensivos*, etc. etc. Hoy ya resulta inconcebible la ingenua y categórica división de *buenos* y *malos* que todavía domina a algunos sectores. Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI afirman y repiten que incluso se puede colaborar con gentes que no piensan como nosotros en problemas substanciales para promoción de obras honestas y sociales del bien común. Ni lo bueno ni lo malo se encuentran todo junto.

El diálogo lo pondremos en órbita con un respeto celoso a la persona, con un amor valiente a la verdad, con entrega decidida al bien común, con una comprensión ilimitada. Es un satélite caro, para algunos lujoso, lo sé, pero la información y bienes a producir compensan superabundantemente. El combustible más costoso y más escaso es la fe en el hombre. Dios la tuvo al crearle libre. Conocía los males que se seguirían, pero Dios vio que era bueno que el hombre fuese libre. El concepto de Dios sobre la creación es de complacencia y confianza: Dios vio que era bueno. Muchos cristianos corregimos a Dios: en la mayoría de las cosas vemos mal. No comprendo la obra de un Dios, si su mayor parte está dominada por la maldad.

Hispanoamérica nos necesita y la necesitamos. Tuve ocasión de vivir en Cuba y Santo Domingo. En la práctica

desearían que España fuese un reflejo para la solución de sus mordientes y aplastantes problemas económicos y políticos. Tal vez la Historia nos pueda reprochar a los españoles no haber ofrecido, hace tiempo, una solución y orientación para el mundo Hispanoamericano. Esa culpa se repartiría con otras naciones que no nos ayudaron nada y así retrasaron más nuestra marcha.

Es indudable que nos estamos abriendo al mundo que nos rodea. Me alegro que se haga en una época en la que el sectarismo religioso del siglo pasado se extinguió. España es muy sensible a lo religioso como valor substancial e indeclinable. Una gran ventaja para incrementar nuestro diálogo. Las circunstancias ayudan de manera increíble: si Juan XXIII fuese Papa a mediados del siglo pasado su labor quedaría indudablemente muy reducida.

Cuadernos para el Diálogo emprende una labor espinosa y peligrosa. No es el menor peligro el que desde esta tribuna puedan hablar gentes de distinto credo. Le deseo éxito. Todos debemos colaborar: en su éxito o fracaso nos va mucho a cada uno de los españoles y por qué no, también a otros pueblos.

La Iglesia en el Concilio ha reconocido y aceptado el carisma en su seno: Dios nos puede hablar por cualquier hombre. Juan XXIII fue un carismático. Si Dios es autor del hombre también lo es del diálogo cuando se conjuga con las más bellas aspiraciones del hombre: justicia, paz, respeto, amor al bien común. No mate-mos a los profetas y carismas. Dios nos puede hablar por ellos. Los mejor dotados deben hablar, criticar y enjuici-

con las REVISTAS

ciar lo malo y lo bueno. *Cuadernos para el Diálogo* podrá formar clases rectoras valientes para escuchar, exigir de los súbditos su punto de vista. Dios nos libre de dirigentes que rompen el diálogo con el súbdito, le amordazan y creen saberlo todo: castigo grande para cualquier comunidad social. Dirigentes humildes para escuchar alabanzas y verdades, superiores hambrientos de diálogo y crítica no precisamente halagadora. "Superiores que lo vean todo, que callen mucho y que amonesten poco". Como Agustín: "En lo dudoso den libertad, en lo necesario logren la unidad, y en todo difundan la caridad". No deben dejarse halagar por la alabanza fácil y gruesa. Los débiles, los ramplones hambrientos de gloria barata son los peores enemigos de los gobernantes y del pueblo. Los respetuosos disidentes del superior le quintaesencian, embellecen y agigantan su obra: es la unión de los mejores cerebros y voluntades al servicio del superior y del pueblo. La ruptura del diálogo es el peor de los males. Todos necesitamos del disidente. No temer a que se rompa el diálogo. Si existe verdadera fe en el diálogo, se vuelve a establecer. Eliminar al genio, al respetuoso disidente, es condenar a todo un pueblo a la mediocridad —nos dicen los de *Cuadernos para el Diálogo*.

La democracia más que una forma de gobierno es una actitud: puede faltar en gobiernos que se llaman democráticos y existir en los denominados autoritarios. Es admirable la actitud de un Iñigo de Loyola formado en la caballería y milicia de nuestro Siglo de Oro y sustanciado por una espiritualidad de alto relieve. El quería una Compañía de Jesús pronta a la obediencia, pero también nos dice: "...Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del próximo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiete cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor: y si no basta, busque todos los medios conve-

nientes para que, bien entendiéndola, se salve."

Es necesario formar a nuestros jóvenes en este ambiente de diálogo. Fomentar la responsabilidad, valentía, libertad, el amor a la verdad, respeto mutuo, servicio al bien común. El silencio, en ocasiones, es un pecado grave: es una omisión. Es más fácil predicar sólo la obediencia y sumisión —esto siempre halaga y cuenta con la aprobación de los dirigentes— que la responsabilidad, valentía y libertad auténticas. "La verdad os hará libres" y acepto también "la libertad os hará más verdaderos". Todo hombre debe caminar por la vida en actitud dialogante sabiendo y comprendiendo que debe ser criticado como súbdito y como superior, donando con grandísima generosidad un buen margen a posibles errores y malas interpretaciones sobre su persona. Explique, haga saber con sinceridad y veracidad, pero si tiene verdadera prestancia no elimine de un plumazo una fuente de sus aciertos. La agresividad sólo se explica por carencia de comprensión de algún elemento, incluso de nuestro propio mecanismo psicológico.

Un diálogo bien llevado perfecciona a un pueblo y lo enriquece. Los súbditos deben desterrar la envidia como corrosivo de su persona singular en un todo comunitario. El superior debe huir de la tumefacción. Una sociedad perfeccionada engendra en sus miembros la convivencia fructífera. Creo en la existencia del mal: tomar medidas necesarias para evitar su influjo.

La actitud dialogante abierta al "ecumenismo" de los que nos rodean, nuestro prójimo; abierta al ecumenismo nacional e internacional exige coordinación de facultades y haberes de no fácil adquisición. Es más fácil un moderado hermetismo dogmático, huido al diálogo comprometedor: no se está preparado y se cae en una deshonrante e infundada agresividad. Los

tiempos soplan por aquí. Es necesaria una formación apta en los jóvenes y reestructuración para los carentes de este estilo. Es un acto de fe en el hombre y en la gracia. Dios nos da ejemplo de ello. Tenemos que coger la antorcha que depositan en nuestras manos personajes de fe gigante en el hombre y en la gracia. Así el Cardenal Bea: "El amor a la verdad, sin la caridad, se convierte en intolerante y repele. La caridad sin la verdad es ciega y no puede durar".

Juan XXIII en la *Pacem in Terris*: "Siempre se ha de distinguir entre el que yerra y el error, aunque se trata de hombres que no conocen la verdad o la conocen sólo a medias, ya en el orden religioso, ya en el orden de la moral práctica; puesto que el que yerra no por eso está desposeído de su condición de hombre ni ha perdido su dignidad de persona y merece siempre la

consideración que se deriva de este hecho". "Entre los derechos del hombre hay que reconocer también el que tiene de honrar a Dios según el dictamen de su recta conciencia y profesar la religión privada y públicamente".

La actitud de Pablo VI nos es bien conocida: amor a la comunicación y esclarecimiento de ideas. Con fe en la gracia y en el hombre peregrina a Tierra Santa. Fue a rezar, lo sabemos, pero yo también creo que fue a dar un voto de confianza en los hombres que rigen a las Iglesias Ortodoxas Orientales. Confía en ellos, reconoce sus tesoros de doctrina apreciables. Una vez más se trata de llegar a tiempo. El quehacer es ingente. Con un diálogo sincero podemos conseguir muchísimo. Tal vez más de lo que nos habíamos propuesto.

Deseo a *Cuadernos para el Diálogo* vida larga y línea ascensional.

CHRISTUS

octubre 1963, núm. 40

"La conversion du missionnaire"

por Michel de Certeau.

La partida del misionero es todo un símbolo. Cuando la orilla agitada de adioses se pierde en el horizonte, el misionero comprende que una aventura ha comenzado. En avión o en barco, por unas horas o por unos días siente que, a pesar de todas las seguridades y a pesar de la banalidad de estos viajes hoy ordinarios, navega sobre algo inseguro y bamboleante. Dejar el suelo firme de lo conocido, de lo habitual y adquirido produce siempre un ligero mareo.

Bartolomé Meliá, S. J.

Esta experiencia que todo misionero ha hecho, tal vez haya revestido para él unos tonos heroico-poéticos, de los que él es el primero en reírse con indulgente ironía, si no ahora, después. Sin embargo, esta partida divide una vida, marca una ruptura, es el principio de una peregrinación, a la que es bueno que el misionero dedique una reflexión espiritual.

Pero se llamaría a engaño el que considerara esta situación como privativa del misionero de «lejanas tierras». También el que no es misionero está interesado en ella. El estado de misión es coextensivo a toda la Iglesia. En el